



PERSONAJE

POR PATRICIO DE LA PAZ - FOTOS: VERÓNICA ORTÍZ

# NUEVA VIDA EN PICHILEMU: MIRKO MACARI ESCUCHA A LAS PLANTAS Y HACE COACHING ONTOLÓGICO

Desde que dejó la dirección de El Mostrador en 2017, el periodista andaba buscando dónde poner sus energías. Convencido de que el poder ya no estaba en las autoridades ni las instituciones sino al interior de las personas, se capacitó para ayudar a otros en eso: empoderarse. En 2022 abandonó Santiago y se instaló en Pichilemu. Realiza sesiones para quienes desean navegarse a sí mismos, dicta talleres de lectura y hace consultorías a empresas sobre el tema. Tiene un emprendimiento con una tecnología que permite, dice él, "escuchar la música de las plantas". Se reconoce feliz. "El personaje que yo era ya me incomodaba", confiesa.

Partamos con la música de las plantas", dice entusiasmado Mirko Macari (54). Así que trae hasta el living un pequeño aparato del cual salen dos cables: uno lo entierra en la tierra del macetero de la peperomia que tiene sobre la mesa de centro; y el otro -gracias a un clip especial- lo instala en una de sus hojas. Entonces empieza a sonar una melodía, que le saca una sonrisa al anfitrión.

Macari explica que dentro de la planta -como sucede en todos los organismos vivos- hay permanentes impulsos eléctricos que se traducen en vibraciones, que son justamente las que capta ahora el pequeño biosonificador sobre su mesa de living. Agrega que están fuera de la frecuencia del oído humano, por eso necesitamos ayuda para oírlas. Pero existen, precisa, y eso está comprobado científicamente. "La melodía es de la planta, lo que hace la tecnología es amplificarla y darle sonoridad". Puede ser con un acompañamiento como piano o un sonido de campanas, por ejemplo. "Y lo más importante es que cuando uno se acerca, las vibraciones de la planta interactúan con las nuestras, algo se genera ahí. Dale, acércate a la peperomia", pide. Y efectivamente: cuando uno la toca o se pone muy cerca o la mueve suavemente, la música cambia.

Esos son los temas que hoy le interesan a Mirko Macari y no deja de llamar la atención. Él fue un periodista que se hizo un nombre en su carrera de casi tres décadas, siempre en un estilo escrutador y directo, casi provocador. Estuvo en la Revista Sábado, en La Nación Domingo y más tarde en El Mostrador, donde fue director entre 2008 y 2017. Además de programas de radio, podcast -como el recordado *La Cosa Nostra*- y espacios de mirada crítica a la actualidad en YouTube, como *Comando Jungle*. Le gustaba sacar chispas. Pero algo empezó a hacerle ruido, dice.

El mundo que él había reportado -su materia prima laboral- se caracterizaba porque el poder estaba en las autoridades y las instituciones. "Era un tiempo de fascinación personal, yo también quería ser poderoso", comenta. Pero todo eso empezó a desmoronarse, explica: las marchas callejeras, el descontento de la ciudadanía cada vez más explícito, la irrupción de lo digital y las redes sociales hicieron que el poder se moviera.



Él, que se sintió también fuera del juego, comenzó a buscar dónde estaba el poder ahora. Y llegó a la conclusión de que no estaba afuera, sino adentro: al interior del ser humano.

**- Además de las transformaciones allá afuera, ¿pasó algo personal que te dispuso a ese cambio?**

- No. Fue esa conciencia del cambio en el mundo externo la que me llevó al cambio en el mundo interno. Fue un proceso muy paulatino, muy sutil, donde voy buscando nuevos paradigmas o maneras de mirar. Me abrí a escuchar otras cosas, a conectarlas. Recordé que de niño veía en el velador de mi papá libros sobre el multiverso, de Rudolf Steiner, de filosofía oriental, de Fritjof Capra sobre el tao de la física.

Todo este proceso de cambio de traje lo conté en el primer capítulo de su libro *Señor director*, que publicó el año pasado en Planeta y con el cual dice que cerró su ciclo de periodista de contingencia. Eran unas memorias prematuras, "un rito de despedida", como lo califica él. Liberado de eso, Macari se lanzó liviano a territorios más conectados con el alma que con las noticias. Como oír la música de las plantas (ver recuadro), aunque eso no ha sido lo único.

**"Estaba repitiéndome de casete"**

Dice que esta búsqueda comenzó después de dejar El Mostrador. Pero aún daba pasos exploratorios, así que contingencias como el estallido social o el proceso constituyente lo hacían sumergirse de nuevo en la actualidad. "El problema es que ya estaba repitiéndome de casete, que es algo bien triste. El personaje que yo era ya me incomodaba", reconoce. El 2022 cortó de manera drástica. En agosto de ese año dejó Santiago y se fue a Pichilemu. Se compró una camioneta para moverse por terrenos costeros. Meses después terminó su certificación como coach ontológico, que es algo así como un guía que ayuda a personas a revisar sus vidas, superar limitaciones y empoderarse. Desde noviembre del año pasado hace sesiones individuales online. Duran hora. Cuestan \$ 50.000.

Instalado en una casa en el sector alto de Cahuil, a pocos minutos de Pichilemu, empezó a pensar y a ejecutar más cosas. Se integró al directorio de la Fundación Abrá-

